

### CAPÍTULO III

#### LOS GRIEGOS

HOMERO, HESÍODO. — POETAS ELEGÍACOS Y LÍRICOS.  
— PROSISTAS : FILÓSOFOS E HISTORIADORES. —  
POETAS LÍRICOS. — POETAS DRAMÁTICOS. — POE-  
TAS CÓMICOS. — ORADORES. — NOVELISTAS.

El más antiguo escritor griego conocido es Homero, y por cierto que se ignora en absoluto en qué época existió.

Hay más : desde el siglo XVII se comenzó a dudar de su existencia, y muchos supusieron que sus poemas eran cantos épicos que habían circulado en la Grecia antigua, y que en época muy reciente, la de los Pisístrates, habían formado con ellos, merced a algunos arreglos, dos grandes poemas en que había ilación. A principios del siglo XIX, la mayoría de los sabios estaba persuadida de que no había existido Homero. Hoy día creen que no hay más que dos Homeros : uno, el autor de la *Iliada*, y el otro, el autor de la *Odisea*.

La *Iliada*. La *Iliada* es la historia de la cólera de Aquiles, de su retiro lejos de sus amigos que tratan de tomar a Troya, y de su regreso a ellos.

Es el poema del patriotismo. En todo él campea la idea de que cuando hay división en un pueblo caen sobre él todas las desgracias y lo hunden. Ofendido injustamente, Aquiles priva de su apoyo a sus compatriotas; están éstos a punto de perecer todos; vuelve a ellos Aquiles para vengar la muerte de su mejor amigo, y su apoyo los salva.

Casi toda la *Iliada* está llena de batallas, por cierto muy hábilmente diversificadas. Algunos episodios, como la despedida de Héctor a su mujer Andrómaca cuando se marcha a la guerra, como el rey Príamo, quien con lágrimas en los ojos pide a Aquiles el cuerpo de su hijo para enterrarlo piadosamente, figuran entre las cosas más hermosas salidas de boca humana.

La *Odisea*. La *Odisea* es también el poema del patriotismo, de la *patria chica*, del país natal. Es la historia de Ulises, quien, después del sitio de Troya, se encamina hacia la isleta de que es rey, Itaca, y emplea diez años en el viaje. Lo que constituye la unidad del poema, lo que es el centro del poema, es el humo que sube por encima del castillo de Ulises, humo que ve él siempre en el ensueño de sus esperanzas y de sus deseos, que le atrae invenciblemente, que quiere él volver a ver antes de morir, y cuyo pensamiento le sostiene en sus

pruebas y le hace despreciar todos los goces con que tropieza en su camino. Las mil aventuras de Ulises, su estancia en la gruta de la ninfa Calipso, los terribles peligros que corrió en el antro del gigante Polifemo y junto a la isla de las Sirenas, las tormentas que aguanta, la hospitalidad que recibe en la morada del rey Alcínoo, su visita a los muertos, entre los cuales se halla Aquiles, quien echa de menos a la tierra, y que preferiría ser mozo de labranza entre los vivos que rey entre las sombras, son escenas vivas, curiosas, divertidas, tiernas, pintorescas, en las que se han inspirado todas las literaturas, y que siguen interesando a todos los pueblos.

**Hesíodo.** Posterior, muy probablemente, a Homero, Hesíodo ha dejado dos grandes poemas: uno, acerca de las familias de los dioses (*Teogonia*), y, el otro, acerca de los trabajos de los hombres (*los trabajos y los días*). Muy importante es para nosotros la *Teogonia*, pues nos enseña y nos hace comprender cómo entendían los griegos la divinidad y sus diferentes manifestaciones, y, por decirlo así, su evolución en la sucesión de los tiempos. *Los trabajos y los días* son un poema lleno a la vez de tristeza y de valentía, por parecerle al autor malo el mundo e injustos los hombres; pero sentando siempre como conclusión que de todo puede uno salvarse por la energía, la perseverancia la tenacidad, y que no hay más que una desgracia verdadera: la desesperación.

**Poetas  
elegíacos  
y líricos.**

Desde fecha muy antigua, desde el siglo VII<sup>o</sup>, quizás el VIII<sup>o</sup> antes de Jesucristo, tuvieron los Griegos poetas elegíacos y líricos, es decir, poetas que ponían en verso sus sentimientos personales, las alegrías y los dolores que sentían como hombres. Son éstos Calino, el satírico Arquíloco, el satírico Simónides de Amorgos, el belicoso Tirteo. Son, por otra parte, los poetas que hacen versos para ponerlos en música: Alceo, Safo, Anacreonte, Alcmanes. Alceo parece haber sido el más grande poeta lírico griego, juzgándolo por los fragmentos que de él nos han quedado, y por los poemas líricos de Horacio, que, por muchas señales, parecen ser imitaciones de Alceo.

Es demasiado poco lo que de la poetisa Safo sabemos, para formular un juicio exacto acerca de ella; pero, en toda la antigüedad gozaba de una gloria que la igualaba a los más grandes. Cantó sobre todo el amor, y de modo tal que ha hecho creer que sin duda lo había ella experimentado.

Asimismo Anacreonte, y con una amenidad, una gracia, un ingenio delicado que son un encanto. Es el epicúreo de la poesía (antes de que apareciera Epicuro), y de él ha nacido todo un género literario, llamado anacreóntico, que, después de haber sido cultivado en toda la antigüedad, se ha prolongado hasta los tiempos modernos.

Por fin nace la prosa (siglo VI<sup>o</sup> antes de Jesucristo) con los filósofos: Tales, Heráclito, Anaxágoras, y con los historiadores, siendo Herodoto

el único que, de aquella época, ha quedado ilustre.

**Herodoto.** En una historia general de su tiempo y de los tiempos inmediatamente precedentes, no está muy alejado aún de la poesía épica Herodoto. Su estilo es a la vez límpido y rico de color; es muy amable su talento descriptivo; siente afición por las extrañas costumbres de ciertos pueblos y las relata con gusto; es de imaginación amena y fácil, sin pretensión alguna a la filosofía de la historia ni a la moralización por la historia. Es, sobre todo, un escritor delicioso.

**Esopo.** En esta época podemos incluir (algo al azar) a Esopo, de quien nada se sabe salvo que compuso fábulas, imitadas por los fabulistas de las generaciones sucesivas. La colección que poseemos y que lleva su nombre es una de esas imitaciones, redactada mucho tiempo después de su muerte, pero no se sabe cuándo.

**Píndaro.** Píndaro de Tebas, ensanchó y extendió el género lírico. Le conservó su potencia, su arrebató, su brío, y, por decirlo así, su hermoso furor; pero dió entrada en él a lo épico, al relato de las antiguas leyendas, a las acciones y proezas de los antiguos héroes; de tal suerte que el más lírico de los líricos griegos es un historiador nacional. Capaz de una elevación sostenida, de pensamientos y de expresiones sublimes, de un bello desorden alabado a saciedad y que, exami-

nándolo detenidamente, resulta hecho adrede, se ha considerado a Píndaro como el tipo mismo del lirismo, y lo han imitado todos los poetas ambiciosos, principiando por Ronsard. Los prudentes como Horacio se han limitado a alabarlo. Cuando menos por fragmentos, es interesantísima su lectura.

**La tragedia griega.** La tragedia griega, que es uno de los milagros del espíritu humano, nació en el siglo VI<sup>o</sup> antes de Jesucristo. Nació del dilitrambo. El dilitrambo era un canto, a coro, para honrar a un dios o a un héroe. De aquel coro se destacó un actor que cantaba las alabanzas del dios y a quien contestaba el coro. Cuando, en vez de un actor hubo dos que dialogaban y a quienes contestaba el coro, quedó fundado el poema dramático. Cuando tres — y no hubo casi nunca más — existió la tragedia tal como la comprendieron los griegos.

**Tespis.** Tespis fué el primero, que separamos, que paseó tragedias rudimentarias por las villas de Ática.  
**Esquilo.** Vino luego Esquilo, cuya tragedia, rígida aún y hierática, es ya sumamente poderosa y de una majestad terrible; después, Sófoeles, filósofo religioso, que poseía el sentido de la religión antigua y el arte de darle un carácter moral, gran poeta lírico, gran poeta de diálogo, elocuente, conmovedor, sabiendo, además, construir y dirigir un poema dramático con infinita habilidad, a quien, en fin, no fué negada ninguna cualidad del poeta dramático, y que da la idea de la perfección.

**Eurípides.** Eurípides, filósofo menos religioso, con ciertos dejos de sofista y de retor, pero heleno de ideas, elocuente, conmovedor, « el más trágico » (es decir, el más patético) de los poetas de la egea, según expresión de Aristóteles, el más moderno también, y al que mejor comprendemos, ha sido la verdadera fuente en la que han buscado inspiración los trágicos de los tiempos modernos, y, sobre todo, los franceses.

Las obras principales de Esquilo son : *los Siete jefes ante Tebas* y *Prometeo encadenado*; las principales de Sófocles : *Antígona*, *Edipo rey* y *Edipo en Colona*; las principales de Eurípides : *Ipólito* e *Ifigenia*.

Después de Eurípides quedaba agotada la tragedia griega, y sólo obras muy secundarias produjo.

Más larga existencia tuvo la **La comedia.** comedia. De origen muy oscuro, nacida sin duda de las bromas injuriosas que cambiaba entre sí la gente del pueblo en los días de regocijo, comenzó por ser de muy libre fantasía : dialogada, oratoria, lírica, satírica, y aun épica en algunos momentos. Lo mismo que la tragedia, tenía un corc al que estaba especialmente reservada la parte lírica. Era personal, es decir, que atacaba directamente a los personajes contemporáneos conocidos; con mucha frecuencia, nombrándolos, y, amenudo, figurándolos en la escena. Los autores célebres de esta « Antigua comedia » son : Eupolis, Cratinos, de quienes sólo fragmentos nos puedan, y Aristófanes, cuyas obras poseemos.

Aristófanes es un grandísimo **Aristófanes.** poeta; sus burlas son incisivas, y, al mismo tiempo, posee una incomparable potencia lírica; adrede chocarero algunas veces, tiene, en general, una elevación de ideas y de lenguaje que suele ponerle a nivel de Esquilo y de Sófocles. Es uno de los más grandes espíritus poéticos que ha producido el mundo. Sus obras más considerables son : *las Ranas*, primera obra conocida de crítica literaria, aunque bajo forma dramática, en la que establece un parangón entre Esquilo y Eurípides, mofándose cruelmente de éste; *las Nubes*, en que se burla de los sofistas y de Sócrates, considerándolo como un sofista; *las Avispas*, crítica mordaz de la manía de formular juicios, manía de que adolecían los atenienses, y en la que enaltece magníficamente a los antiguos atenienses de los tiempos de Maratón.

A esta « antigua » comedia **Menandro.** sucedió inmediatamente la « comedia media », en la que estaba prohibido establecer personalidades, y de la que Aristófanes mismo dió ejemplo y modelo en su *Pluto*. Más tarde, en el siglo IV<sup>o</sup> antes de Jesucristo, con el agudo, ingenioso y discreto Menandro, la *Comedia nueva* fué muy análoga a la comedia de Plauto, de Terencio, y a lo que fué la nuestra en el siglo XVII.

Volviendo al tiempo de Pericles, **Tucidides.** diremos que la prosa ática se desarrollaba en manos de los historiadores, de los sabios y de los filósofos. Tucídides

fundó la historia verdadera, científica, tomada de las fuentes, sostenida y alimentada con todas las informaciones y todos los datos que el historiador idóneo puede recoger, examinar y comprobar. Como escritor, Tucídides es claro, preciso, y posee una agradabilísima y sobria elegancia. En su historia ha introducido supuestos discursos de grandes personajes históricos que le sirven para exponer estados generales de Grecia o de tal parte de Grecia en ciertos momentos importantes. Ignórase por qué esos discursos están escritos en un estilo distinto del resto de la obra, estilo muy sabio, y aun muy hermoso, pero sumamente conciso y elíptico, y, por consiguiente, muy difícil de entender.

**Hipócrates.** Por entonces creaba Hipócrates la medicina científica, la medicina de observación, negando los prodigios, buscando las causas naturales de las enfermedades y estableciendo ya una terapéutica racional. Existen setenta y dos obras llamadas « hipocráticas », que son de su escuela; acaso sean de él algunas de ellas.

**Sofistas y oradores.** Suavizábase la lengua y adquiría flexibilidad en manos de los sabios, sutiles e ingeniosos sofistas (Gorgias, Protágoras), atacados por Sócrates, quien parece haber utilizado las armas de dichos sofistas, pero perfeccionándolas.

Y creábase un nuevo género literario: el género oratorio. Antifón fué el primero, por orden cronológico, así de los oradores atenienses como

de los profesores de elocuencia. Vinieron después Isócrates, Andócides, Lisias, Esquines, Hipérides, y el maestro de todos, el asombroso lógico y apasionado y terrible orador Demóstenes.

Paralelamente los filósofos, y **Los filósofos.** no ya los sofistas, aun ateniéndonos aquí al solo punto de vista literario, esparcían gloria inmortal sobre la tierra de Ática. Penetrados del espíritu de Sócrates aun cuando le eran más o menos infieles, Platón, psicólogo, moralista, metafísico, sociólogo, maravilloso poeta en prosa, mitólogo seductor y fascinador, creaba en verdad la filosofía, de tal modo que, acerca de los sistemas modernos se sienta tal o cual juicio según que de él se desvían o a él se aproximan; cuando menos, siempre lo citan y obligan a pensar en él, ya que parezcan un eco lejano de la doctrina de Platón, ya que la rechacen y la combatan.

**Aristóteles.** Aristóteles, sobre todo sabio, naturalista admirablemente documentado y que, por cierto, poseía todos los conocimientos de su tiempo, metafísico más prudente que Platón, mas no sin profundidad, lógico preciso y seguro y fundador de la lógica científica, moralista sensato y agudo, teórico literario ingenioso y neto; Jenofonte, el mismo que dirigió la retirada de los Diez mil, moralista y pedagogo inteligente y lleno de amenidad en su *Ciropeidia*, maestro sensato, fino y delicioso de vida familiar y práctica en sus *Económicas*; Teofrasto, botá-

nico, moralista satírico de mucho ingenio, muy cáustico y muy realista, establecían, para siglos, y, muy probablemente, para siempre, la sabiduría griega, templo firme y elegante, adonde casi de continuo ha ido la humanidad en busca de verdades saludables, y adonde algunos, cuando menos, de nuestros descendientes, y que no serán los menos nobles, irán siempre a hacer sus devociones.

Las principales obras de Platón son los *Diálogos socráticos*, el *Gorgias*, el *Timeo*, el *Fedón* (inmortalidad del alma), la *República*, las *Leyes*. Las principales obras de Aristóteles son la *Historia natural*, la *Metafísica*, la *Lógica*, la *Retórica*, la *Poética*. Las principales obras de Jenofonte son la *Ciropeya*, las *Económicas* y los *Memorables de Platón*. La sola obra de Teofrasto que ha llegado a nosotros es los *Caracteres*, traducidos y continuados por La Bruyère.

En los siglos IV<sup>o</sup> y III<sup>o</sup>, la filosofía siguió hablando a los hombres por conducto de dos escuelas principales: los estoicos y los epicúreos. Los estoicos, cuyos representantes más salientes eran Zenón, Cleanto, Crisipo, enseñaban una moral austera que se resumía en estas palabras: « Abstente y aguanta ». Los epicúreos, cuyos principales representantes eran Epicuro y Aristipo, enseñaban, en resumen, la misma moral, pero partiendo de un principio distinto: según éste, el hombre debe buscar la dicha; y, por lo tanto, los epicúreos eran menos austeros, aun en sus preceptos. Aunque se trata de escue-

las de filosofía, importa que les dediquemos especial atención, pues tanto una como otra han ejercido mucha influencia en los literatos: la primera, en Séneca, y, más tarde, en Corneille; la segunda, en Lucrecio y en Horacio; en algunos casos, ambas han ejercido influencia sobre el mismo hombre: ejemplo de esto, Montaigne.

Después de Alejandro, la Grecia intelectual se extendió, y, en vez de tener un solo centro, Atenas, tuvo cinco o seis: Atenas, Alejandría, Antioquía, Pérgamo, Siracusa. Fué aquella una admirable florecencia intelectual; los genios fueron menos grandes, pero innumerables fueron los talentos. En las ciudades que acabamos de nombrar y en algunas otras, historia, retórica, geografía, filosofía, historia de la filosofía, filología, eran enseñadas con ardor y aprendidas con entusiasmo; el terreno literario era rico y estaba admirablemente cultivado.

De aquel terreno brota una literatura del todo nueva, más erudita, menos espontánea, menos rica en savia popular, pero muy interesante también: la literatura llamada *alejandrina*. Con esta literatura vemos en primer término la *novela*, desconocida de toda la Antigüedad, la novela histórica con Hecateo de Abdera, la novela filosófica con Evemero de Mesena, quien pretendía haber hallado una inscripción que probaba que los dioses de la antigua Grecia eran antiguos reyes del país, divinizados después de su muerte; invención ingeniosa, de la que había

de salir toda una crítica de la antigua mitología.

La elegía y el idilio Teócrito. Verdaderos poetas, y aun grandes poetas pertenecen a esta época. Filetas de Cos, fundador de la elegía griega, a quien más tarde celebró Andrés Chénier,

saludándolo con amor. Sólo cortos fragmentos nos quedan de él. Asclépiades de Samos, también elegíaco y lírico; algunos de sus *epigramas* (elegías cortas) deliciosos, por cierto, han llegado hasta nosotros. El triste y encantador Leónidas de Tarento. Los dos jefes de ese coro son: Teócrito y Calímaco. Teócrito, siciliano, pasa por ser el fundador del idilio; no lo inventó, pero le imprimió un sello tan personal, que le dió la importancia de un género. El idilio de Teócrito es siempre una pintura de costumbres populares, y hasta un diminuto drama de costumbres populares; pero, unas veces tiene por teatro el campo, otras veces la ciudad, otras veces la orilla del mar; y, como consecuencia, hay idilios rústicos (propiamente *bucólicas*); idilios marítimos, idilios urbanos populares. Hay en él un asombroso sentido de la realidad unido a un don poético personal, a una sensibilidad muy viva, lo cual hace que sus poemitas son a la vez bellos como lo verdadero y bellos como cierto ideal de pasión ardiente y profunda. Es curioso, aunque no extraño, que el idilio de Teócrito recuerde a menudo la poesía bíblica.

Mosco y Bión fueron los discípulos inmediatos de Teócrito. Teócrito. Tuvo otros, más grandes, comenzando por Virgilio en sus Églogas, continuando por los numerosos idílicos del Renacimiento, en Italia, en Francia, y por Segrais en el siglo xvii, y acabando, si se quiere, pues hubo otros más tarde, por Andrés Chénier.

Más erudito, más profesor, más académico, Calímaco era lo que entendemos hoy por neoclásico, es decir, que quería tratar, en un estilo nuevo, los mismos géneros que habían tratado los grandes hombres de la antigua Grecia, y, en lo posible, pensar con el mismo espíritu. Así pues, hacía tragedias, comedias, « dramas satíricos » (especies de farsas en las que figuraban los dioses secundarios), poemas líricos y elegíacos parecidos a los de Alceo y Safo, una epopeya familiar, una novela en verso, género acaso nuevo, pero, más probablemente, imitado de algunos poemas, no llegados hasta nosotros, de la antigua Grecia. Para nosotros, su poesía es fría y compasada, aunque ingeniosa y hábil. Fué una autoridad en su tiempo y en toda la antigüedad.

El poema didáctico, que no parece haber sido cultivado desde Hesíodo, iba a renacer en aquella época sabia, y, en efecto, por entonces dió Aratos sus *Fenómenos*, que son un curso de astronomía y de meteorología en conformidad

con la ciencia de su tiempo. Más ambicioso y queriendo, no sólo hacer el fragmento épico como Calímaco, sino restituir el antiguo gran poema épico a la manera de Homero (acerca de esto hubo violenta discusión entre Calímaco y él), Apolonio de Rodas relató, en sus *Argonáuticas*, la expedición de Jasón. Es un hermosísimo poema épico, y, sobre todo, es un asombroso poema psicológico. El estudio de la pasión y del progreso y de las peripecias de la pasión en Medea, es una obra maestra. Podría asegurarse que, Virgilio para su *Dido*, y acaso Racine para su *Fedra*, se han acordado de Apolonio.

También de esta época es Licofrón. Licofrón. Ha dejado un poema Meleagro. tan admirable (*Alejandra*, es decir, Casandra), que aun los antiguos mismos no conseguían comprenderlo, a pesar de cuantos esfuerzos hacían para ello. Licofrón es como el jefe y el abuelo de la gran escuela de poetas inasequibles o impenetrables, los más furiosamente admirados, de quienes es ilustre representante Mauricio Sceve, en el siglo xvi.

A estos tan numerosos notabilísimos espíritus agreguemos los Los epigramatistas. epigramatistas, es decir, los que hacían poemas muy cortos, muy recogidos, muy lípidos, poniendo todo su empeño en que fueran de una absoluta perfección. Fueron casi innumerables. El más ilustre, y cuyo genio delicado y cuya sensibilidad exquisita saboreamos aún, es Meleagro.

Polibio. Reducido en provincias romanas (sucesivamente gran Grecia, Grecia propia, Egipto, Siria), no por eso cesó el mundo griego de ser un admirable foco intelectual. Ya en tiempo de las guerras púnicas, el griego Polibio se reveló como admirable historiador militar, político y filósofo, indagador de hechos, indagador también de las causas probables, de las constituciones e instituciones sociales, de las costumbres, del carácter y del temperamento profundo de los pueblos. Su obra principal es *las Historias*, es decir, la historia del mundo greco-romano desde el comienzo de la segunda guerra púnica hasta la toma de Corinto por los Romanos. Era un grandísimo espíritu; por desgracia, escribía mal.

Es preciso reconocer, sin embargo, que en el siglo primero antes de Jesucristo y en el siglo primero después, Grecia, aun intelectual, sufrió una depresión. Pero, a partir del emperador Nerva, es decir, a partir de principios del siglo segundo, hubo un renacimiento helénico muy notable. En primer lugar, este es el momento más brillante, desde Platón, de la filosofía griega. Reina el estoicismo en las clases cultas; Epicteto da sus *Conversaciones* y su *Manual*, en que están condensados los pensamientos más elevados y más profundos, y muy profundamente sentidos, de la doctrina de Zenón; más tarde, el emperador Marco Aurelio, en sus meditaciones solitarias intituladas *para mí mismo*, nos pinta su alma admirable, casta, pura, severa para sí misma, indulgente para los demás, patéticamente resignada al orden universal de las cosas, y adhi-

riéndose a él con un desprendimiento y una fe verdaderamente religiosos. Menos severo, y hasta jovial y sonriente, Dión Crisóstomo (es decir, boca de oro, apodo que le mereció su elocuencia), está penetrado del mismo espíritu, con cierta mezcla de platonismo, lo cual es quizá causa de que penetre más fácilmente en las inteligencias que los demasiado austeros estoicos puros.

**Plutarco.** Plutarco, historiador discretamente novelesco y muy hábil filósofo moralista, partidario suavemente obstinado de la conciliación y de la concordia, por una parte, en sus *Vidas paralelas* describe a los grandes romanos y a los grandes griegos, para mostrar cuán excelentes son todos y de qué modo han de estimarse unos a otros; por otra parte, en sus obras morales trata de conciliar la filosofía y el paganismo, no creyendo sin duda más que en un solo Dios, como Platón, pero creyendo en una multitud de espíritus intermediarios entre Dios y el hombre, lo cual le permite explicar como a seres mal comprendidos, y aun admitirlos en cierto sentido, a todos los dioses del paganismo. Hombre de justo medio por excelencia, combatía a los estoicos por harto duros para la naturaleza humana, y a los epicúreos por tender al relajamiento, o por exponerse con sobrada facilidad a caer en él. Es un escritor elegante, ameno, que se estudia mucho, y, en resumen, más bien rebuscado que sencillo, y que dista mucho de tener la llaneza con que nos lo presenta Amyot en su traducción. En toda Europa, desde el Renacimiento, ha sido acaso, de todos los

autores griegos, el más leído, el más frecuentado, el más querido, y el más explotado.

En aquella misma época, multiplicanse los historiadores griegos. Es preciso nombrar, cuando menos, a Arriano, filósofo, discípulo de Epicteto e historiador de la expedición de Alejandro; Apiano, que escribió la historia del pueblo romano desde los orígenes hasta la muerte de Trajano; Dión Casio, que redactó asimismo la historia romana en un estilo sostenido, muy elegante y muy noble; Herodiano, en fin, historiador de los sucesores de Marco Aurelio, quien no ha querido relatar más que lo que él vió con sus propios ojos, escritor muy brillante, y aun abrigado, pues su estilo es algo artificial.

Historiador de un género muy particular es Diógenes de Laercio, quien escribió la *Vida de los filósofos*, muy poco filósofo él mismo y cayendo con sobrada facilidad en la anécdota; pero interesante, y, dada la escasez de datos que acerca de la filosofía antigua tenemos, muy apreciable, en suma, para nosotros.

Infinitamente superior a cuantos acabamos de nombrar desde Plutarco, he aquí al que ha sido llamado el Voltaire de la antigüedad, al chistoso, escéptico, divertido y buen hablista Luciano de Samosata (Siria). Era ante todo conferencista, paseando, como un sofista, de ciudad en ciudad su charla viva, animada, fogosa y paradójica. A más de esto, era escritor polígrafo, pues hizo

tratados, sátiras, folletos acerca de los más variados asuntos. Escribió contra los cristianos, contra los paganos, contra los filósofos, contra los prejuicios, a veces contra el sentido común. Compuso la *Manera de escribir la historia*, en parte seria, en parte satírica; los *Diálogos de los muertos*, mezcla de moral y de sátira, imitados muy superiormente más tarde por Fontenelle; los *Diálogos de los dioses*, contra la mitología; la *Historia verdadera*, parodia de las historias falsas o novelescas, tan frecuentes por entonces, principalmente acerca de Alejandro. Ciertamente que carece de fondo, pero qué increíble talento el suyo... Brío, causticidad, lógica divertida, dialéctica burlesca, instinto caricatural asombroso, arte natural del diálogo, insolencia alegre, ligera, pero viva penetración psicológica, sentido casi profundo de las ridiculeces, travesura de buen humor; y esto, sobre todo, que constituye la primera cualidad del satírico: ser uno el primero a quien hace gracia lo que escribe para divertir a los demás. Luciano posee todo esto en excelso grado. A Rabelais se le ha llamado el Homero bufón; Sócrates bufón es el nombre que cuadra a Luciano.

En aquella época, no existe ya la poesía griega. Apenas si se puede citar al didáctico Opiano, con su poema acerca de la pesca, y al fabulista Babrio, imitador de las fábulas esópicas. En cambio, nace la novela y es importante la literatura científica. La novela cuenta como representantes a Antonio Diógenes, con

Poesía  
y novela.

sus *Maravillas de allende Tulé*; a Heliodoro, con sus *Etiópicas* o *Teágenes y Cariclea*, novela de amor tan admirada por Racine adolescente; a Longo, en fin, con *Dafnis y Cloe*, que goza de la admiración general, y que, en efecto, es de una amenidad algo atildada, pero muy real; y cuyo talento de estilo se sale por completo de lo ordinario.

La literatura científica se enorgullece con el infinitamente ilustre matemático y astrónomo Ptolomeo, cuyo sistema gozó de crédito hasta Copérnico; el médico Galeno; el médico filósofo Sexto Empírico, que es un buen historiador, muy escéptico pero bien informado y conocedor de las ideas filosóficas.

Poco a poco va retirándose del mundo griego la vida, no sin despedir de cuando en cuando postreros fulgores, y con conatos de renacimiento muy interesantes. Todavía, en el siglo IV, el sofista, es decir, el profesor de filosofía y de retórica Libanio dejó numerosos discursos oficiales o académicos, y cartas que son disertaciones. Era pagano muy convencido, como su amigo Juliano el emperador, y, de alma dulce pero firme, combatía a los obispos cristianos y a los sacerdotes, y sobre todo a los monjes, quienes le eran particularmente repulsivos. Tenía un talento secundario, pero honorable.

El emperador Juliano, cristiano en su infancia, pero que en edad adulta volvió al paganismo, lo cual le valió el ser llamado Juliano el Apóstata, era inteligentísimo, de alma

muy pura, y muy tolerante; pero, en fin, era pagano y escribía libros contra los cristianos. Manejaba con brío la sátira, tenía ingenio, y aun cierta elocuencia. Un escrito satírico suyo, el *Misopogon*, contra los habitantes de Antioquía, quienes le habían dado bromas acerca de su barba, tiene mucha gracia. Murió muy joven. Lo muy probable es que hubiese sido un grande hombre de los más notables.

Bajemos al siglo ivº para nombrar al historiador Procopio, analista de dos caras, quien, en sus historias oficiales, hacía alarde de omnímada admiración ante Justiniano, y, en cambio, en su *Historia secreta*, publicada sólo mucho después de su muerte, nos refiere las liviandades, verdaderas o supuestas, de Teodora, esposa del emperador Justiniano, y de Antonina, mujer de Belisario.

No había muerto la poesía griega. Quinto, de Esmirna, que es del siglo ivº, quizá de más tarde, escribió la *Continuación de Homero*, sin gran imaginación, pero con habilidad y destreza; Nonnos, *los Dionisiacos*, historia poética de la expedición de Baco a las Indias, declamatoria, abundante y poderosa, llena de defectos y llena de talento; Museo (época en absoluto desconocida), su delicioso poemita *Hero y Leandro*, cien veces traducido en verso y en prosa, y que sigue gozando de justa celebridad.

Volvamos al siglo ivº para mencionar a los escritores griegos cristianos. Casi todos ellos son, como es de suponer, oradores controversistas. San Atanasio de Alejandría, admirable hombre de acción, orador fogoso y ardiente, historiador de la Iglesia muy belicoso, por el estilo de Bossuet en su *Historia de las variaciones*. San Basilio, a quien sus admiradores han llamado el Grande, sin que sea exagerada esta calificación, era un incomparable orador. Casi puede decirse que reinó sobre el Oriente cristiano por su palabra, y también por su habilidad y por su valor. Aun para nosotros, ofrecen un gran encanto sus obras. Con feliz acierto, y sin salirse de la ortodoxia, hacía intervenir en el cristianismo las más hermosas ideas de Platón. Los humanistas le están agradecidos por haber, en su tratado acerca de la *Lectura de los autores profanos*, hecho justicia a la antigüedad, y por haber autorizado a los cristianos a cultivarla con prudencia, pero con estima. San Gregorio Nacienceno, íntimo amigo de san Basilio, fué también un gran orador, muy elevado, muy ardiente y muy lírico, y, al mismo tiempo, fué un poeta muy delicado, muy ameno y lleno de encanto. San Gregorio de Nisa, que era hermano de san Basilio, fué sobre todo un teólogo, y era en su tiempo una autoridad teológica.

En fin, la gloria más excelsa de la Iglesia griega fué san Juan Crisóstomo, tan célebre en la historia política por su lucha contra el emperador Arcadio y la emperatriz Eudoxia, y por las persecuciones que por esto tuvo que sufrir. Su elocuencia infla-

mada, fogosa, violenta, que era del todo la de un tribuno del pueblo, nos conmueve aún singularmente porque se siente en ella un ardor profundamente sincero, una pasión de justicia, de caridad y de amor. A más de esto, moralista belicoso, es, como Bourdaloue, realista, y, por esto mismo, pintor exacto y cruel de las costumbres de su tiempo, que no eran buenas, y mejor que otro alguno nos pone al tanto del triste estado moral del Oriente en aquella época. Su genio, sumamente variado, y que pasa del tono de la más amena familiaridad a los más altos vuelos de elocuencia arrebatadora e imponente, es uno de los más grandes de la antigüedad toda entera.

**Eusebio** Citemos aún al buen historiador Eusebio, que ha relatado la historia cristiana desde sus orígenes hasta el año 323.

**Período bizantino.** Llámase período bizantino al que se extiende desde fines del reinado de Justiniano hasta la caída definitiva del Imperio de Oriente (565-1453). Este período, que corresponde a nuestra « edad media » casi toda entera, es ciertamente muy pálido desde el punto de vista literario; pero, no obstante, vemos en él a numerosos historiadores interesantes y muy apreciables por su documentación (José de Bizancio, Comneno, etc.), y a gramáticos, es decir, a profesores de lengua y de literatura, sabios y hábiles (Eustato, Cefalas, Planudio, Lascaris). Los últi-

mos, entre ellos Lascaris, fueron los que, después de la toma de Constantinopla, acogidos en Italia y en Francia, trajeron a Occidente a los escritores griegos, los comentaron, los dieron a conocer, y de ahí salió el Renacimiento de las Letras.